

UN NUEVO ESTADO AFRICANO: TRANSKEI

El pasado 25 de octubre, a media noche, nació un nuevo Estado en Africa: el Transkei, patria de la nación Xhosa, que hace el número 50 de los que han proclamado la independencia en el continente africano.

La independencia de Transkei es uno de los hechos más significativos de la historia africana contemporánea, puesto que es el primer caso, dentro de la incongruente forma en que se ha efectuado la descolonización del continente, en que surge a la vida soberana una nación africana dentro del conjunto íntegro del territorio que constituía su patria ancestral, es decir, dentro del marco geográfico que ocupó, hace siglos, la nación Xhosa cuando culminó una emigración iniciada en el Africa central.

Es harto conocida, por haberse divulgado reiteradamente, la forma totalmente arbitraria con que las potencias europeas—movidas por una insaciable sed de apoderarse de las riquezas naturales del continente negro—trazaron las fronteras de sus colonias africanas. En su mutua rivalidad, que dio en llamarse el «imperialismo del kilómetro cuadrado», se fijaron como único objetivo el apropiarse de la máxima extensión territorial posible sin preocuparse de los pueblos que allí habitaban. Esta circunstancia determinó que pueblos pertenecientes al mismo grupo étnico—equivalentes a nuestras nacionalidades europeas—se viesen divididos, escindidos, por las artificiales fronteras que habían trazado, de forma caprichosa, unos colonizadores europeos que ignoraban completamente sus características. Por citar algunos ejemplos, y son cientos de ellos, diremos que la nación Haussa se encontró dividida entre la colonia francesa del Níger y la británica de Nigeria; la Peul, entre el Senegal, Chad, Níger, etc. En otras ocasiones, por el contrario, dentro de los límites administrativos que se habían fijado para una misma colonia se englobaron grupos étnicos tradicionalmente enemigos, como ocurrió en Nigeria con los ibos y haussa o en Guinea Ecuatorial con los fang y los bubis. La misma forma en que se trazaron los límites de muchas de tales co-

lonias—atendiendo a meridianos y paralelos, es decir, a referencias astronómicas que son factores irreales, impalpables para el ser humano—corroboran la forma demencial en que fue fragmentado el continente africano.

Por otra parte, el desconocimiento del substrato geográfico y económico tuvo por inevitable consecuencia que las potencias europeas se repartiesen, desmembrándolas, regiones naturales para formar colonias o fragmentos de colonias que habían de ser inviables, desde el punto de vista económico, para el futuro. Esta circunstancia alcanza su mayor relieve en el caso de las microcolonias, actualmente micro-Estados, tales como Gambia (11.295 km²), Mauricio (2.045 km²), Swazilandia (17.363 km²), Ruanda (26.338 km²), Burundi (27.834 km²) o Guinea Ecuatorial (28.051 km²), de la que un político español decía que era «demasiado grande para ser una finca y demasiado pequeña para ser una colonia».

Cuando se planteó la descolonización, si los dirigentes africanos hubiesen tenido plena conciencia de su responsabilidad histórica, debían de haber procedido a replantear radicalmente el mapa político de Africa, lo que hubiese equivalido a restituir a cada nación africana el territorio que secularmente le pertenecía y venía habitando. Pero adoptaron la decisión equivocada de exigir que las arbitrarias fronteras coloniales fuesen respetadas a ultranza y que cada colonia se transformase en Estado independiente con el mismo territorio e idénticos límites fronterizos que los que habían trazado en las metrópolis de Europa unos políticos que jamás habían estado en Africa y que, por lo tanto, ignoraban completamente las realidades vivas del continente. En vez de corregir el trazado de las fronteras, ajustándolas a las realidades étnicas y subsanando, de tal modo, los delirios megalómanos de los colonistas europeos, en los años 1960—período de las independencias en masa—los dirigentes africanos más conspicuos otorgaron sus bendiciones a las mencionadas fronteras, que elevaron a la categoría de dogma al decidir, por acuerdo unánime, que permaneciesen inalteradas. Al adoptar tan grave decisión—que sólo puede excusarse al considerar la falta de visión y el exceso de ambiciones de muchos de aquellos dirigentes tribales transformados en improvisados estadistas—quedaba sellado el trágico destino del continente. Puesto que resulta indiscutible que en la artificiosidad de las fronteras admitidas para las nuevas naciones, al repercutir en los pueblos africanos en ellas englobados, se encuentra el germen de los constantes conflictos que ha presenciado Africa durante estos

últimos lustros y que han desembocado en una interminable sucesión de guerras fratricidas, genocidios y atrocidades que han costado la vida a millones de sus pobladores.

Para corroborar esa impresión bastaría evocar la sangrienta guerra civil del ex Congo Belga (hoy Zaire); la insurrección del Chad, iniciada en 1963 y que aún persiste; la guerra civil del Sudán, que duró diecisiete años; la espeluznante guerra de Nigeria (1967-1970); los genocidios que han tenido por marco a Ruanda, Burundi, Uganda, etcétera. El origen de tales tragedias reside en los artificiales Estados surgidos de la descolonización, puesto que en ellos se ha obligado a residir a etnias o naciones africanas totalmente disimiles y antagónicas, siendo generalmente una de ellas la que se ha apoderado de los resortes del poder y ha sumido a las restantes en una obediencia muy parecida a la opresión, lo que las ha incitado a rebelarse. Los ibos de Nigeria, por ejemplo, se vieron perseguidos a sangre y fuego por los haussa, detentadores del poder, y se vieron obligados a lanzarse a una guerra desesperada para tratar de salvar su existencia independizándose en los ancestrales territorios de su nación, Biafra. Tras de su cruenta derrota militar y su práctico exterminio en un auténtico genocidio, los ibos supervivientes vieron esfumarse el sueño de poseer una patria. En el Chad, los grupos étnicos del Norte mantienen su rebeldía por negarse a permanecer dominados por la preponderante etnia sara, que habita las regiones más fértiles del país y los subyuga. En definitiva, todos esos sangrientos conflictos que han provocado la muerte de más de 20 millones de africanos no hubiesen tenido lugar si cada nación—es decir, cada etnia—hubiese poseído su propio territorio nacional, su propia patria, desde el mismo momento en que se procedió a efectuar la descolonización.

La República Sudafricana no procede así. Sus gobernantes son hombres que han nacido en Africa y cuyos antepasados nacieron y murieron en Africa durante muchas generaciones. Conocen, por lo tanto, perfectamente los problemas del hombre africano y están dispuestos a evitar futuros conflictos entre las diversas naciones africanas que residen en la República. Por ello comenzaron por reconocer a cada una de dichas naciones, o etnias, africanas las fronteras de los territorios que habitaban secularmente. De esta forma se evitaban los irredentismos y la posibilidad de que las etnias más numerosas o aguerridas dominasen a las más débiles, como ha sucedido en el resto de Africa.

Siguiendo esa política, el Gobierno de Pretoria procedió a recono-

cer los siguientes Hogares Nacionales —territorios patrios—: Transkei y Ciskei, para la nación Xhosa; Bophuthatswana, para la nación Tswana; Vandaland, para la nación Venda; Gazankulu, de los Shangaan-Tsonga; Lebowa, de los Sotho meridionales; Kwazulu, de la nación Zulú, y Swazi, de los Swazi. Desde 1951 el Parlamento sudafricano aprobó la Ley de instituciones bantúes, en la que se establecía el derecho de cada una de tales naciones de gobernarse por sí mismas en sus territorios nacionales o bantustanes.

Como decía recientemente el primer ministro sudafricano, míster Vorster, «otros Hogares Nacionales seguirán pronto el camino de Transkei y entonces existirá en esta parte del mundo una cooperación entre doce o más Estados que serán políticamente independientes». Efectivamente, la actual República Sudafricana quedará, en plazo no largo, transformada en un mosaico de naciones bantúes independientes, sin que ninguna de ellas pueda imponerse o ejercer un dominio sobre las demás. Posibilidad que hubiera sucedido en el caso de que cada nación no tuviese perfectamente definidos los límites de su territorio patrio, puesto que, entre la docena de etnias que habitan en el territorio sudafricano, existen dos que sobresalen por sus efectivos demográficos: los xhosa (3.929.222 almas) y los zulú (3.705.878). De producirse esa independencia conjunta —en un territorio común a todas ellas— de todos los grupos étnicos, tal como exigen algunos sectores de la opinión mundial, una de ambas naciones africanas, tal vez después de sangrientas luchas, se impondría sobre las restantes, a las que sometería a una dominación similar a la que prevalece en el resto del continente.

Esa trágica posibilidad ha sido anulada mediante la sabia política de Pretoria de mantener el territorio nacional de cada nación. Es la política denominada corrientemente *apartheid* —su verdadero significado es desarrollo separado—, que es la clave de la estabilidad y bienestar de los pueblos africanos, aunque los muchos enemigos que tiene Pretoria pretenden confundir al público no enterado confundiendo *apartheid* con discriminación racial, que son dos conceptos totalmente diferentes. Es debido a ese motivo por el que se critica, por sectores bienintencionados, una política que es precisamente la más positiva y fecunda de Africa, por ser la única que puede desterrar opresiones, guerras fratricidas y genocidios, ya que al poseer cada nación su propio territorio patrio allí se gobiernan por sí mismas, sin intrusiones o interferencias de las demás. De haberse implantado en toda Africa esa misma política del desarrollo separado —ese *apartheid*

tan criticado por quienes ignoran las profundas realidades africanas—, se hubiese evitado la muerte de millones de seres, la devastación y los rencores que subsisten, y cada nación africana se autogobernaría en su propia patria, que es un derecho que debe ser reconocido a todos los seres humanos para que vivan libres del temor o la explotación.

Esas naciones, como Transkei, que van surgiendo a la vida en la República Sudafricana colaboran, en su propio beneficio, con la nación blanca, puesto que ella es quien les ayuda, con medios financieros y con su tecnología, a que alcancen su pleno desarrollo. De tal forma, no se ven obligados a acudir—como sucede en los otros Estados del continente— a la ayuda internacional, del Este o del Oeste, que en definitiva viene a ser una forma de neocolonialismo. La gran potencialidad económica alcanzada por la nación blanca sudafricana le permite ayudar desinteresadamente a las otras naciones bantúes que habitan el actual territorio de la República, como estaba dispuesta a ayudar a los otros Estados del continente si éstos no hubiesen preferido la hostilidad al diálogo constructivo. Esa ayuda que ha venido concediendo durante los años de autonomía a los Hogares Nacionales es la que ha permitido que éstos alcancen hoy un grado de prosperidad prácticamente desconocido en el resto del continente.

* * *

Desde el siglo XVIII, las diversas tribus que constituyen la nación Xhosa quedaron asentadas en la región que es conocida como Transkei. Durante siglos, la estructura política de tales tribus se había basado en el jefe tribal, cuya autoridad emanaba de la lealtad de su pueblo. Desempeñaba un papel dominante en todos los asuntos concernientes al pueblo que controlaba. Hacia finales de los años 1880 el Gobierno de El Cabo estableció varios Consejos de Distrito en Transkei, concediéndoles poderes administrativos y ejecutivos en asuntos tales como la agricultura y obras públicas. En 1895 los representantes de cuatro distritos se reunieron en Butterworth para inaugurar el primer Consejo General de Transkei, cuya función principal consistía en «el asesoramiento responsable acerca de los asuntos internos del país». En 1925 todos los distritos de Transkei se unieron al Consejo General, que presidía un oficial administrativo blanco y que estaba integrado por 29 magistrados blancos y 109 miembros. En 1951, mediante la Ley que hemos citado, el Parlamento sudafricano reconocía y legalizaba las instituciones tribales tradicionales y posibilitaba

el establecimiento de asambleas tribales, regionales y territoriales, promocionando el desarrollo de nuevos sistemas bantúes de gobierno dotados de mayor responsabilidad legislativa y ejecutiva. La ley se aplicaba a Transkei—por su propia petición—en 1955 y al año siguiente éste elegía sus propias autoridades regionales y tribales, siendo elegido Kaiser Matanzima como representante máximo por los sufragios de su pueblo. El organismo territorial que presidía Matanzima solicitaba del Gobierno de Pretoria la concesión de la autonomía a Transkei, cuya Ley Constitucional fue aprobada por el Parlamento en 1963, y el 20 de noviembre de dicho año los transkeianos acudían a las urnas para elegir por sufragio universal a los 45 diputados de la Asamblea Legislativa que sustituía al organismo territorial. De tal forma, la nación Xhosa era el primer pueblo sudafricano que obtenía la autonomía. Luego siguieron este camino las restantes naciones bantúes.

Posteriormente, por la decisión del pueblo xhosa, el Acta Constitucional de Transkei fue enmendada para aumentar el número de diputados elegidos y de jefes tribales que constituían la Asamblea. Esta enmienda introducía un equilibrio entre los miembros elegidos y los designados al determinar que la Asamblea estaba compuesta de 75 jefes representativos de la distintas tribus y otros 75 diputados elegidos por sufragio universal. De esta forma, por deseo exclusivo del pueblo xhosa, su Parlamento es una mezcla del sistema tradicional africano y de la democracia occidental. Mediante el voto de la Asamblea Legislativa el jefe Kaiser Matanzima se transformaba en primer ministro del Transkei en 1963. En 1968 se celebraban las segundas elecciones generales. Con la nueva Constitución entraba en vigor una ciudadanía transkeiana que comprendía no sólo a los xhosas que habitaban en el territorio patrio, sino a todos aquellos miembros de la nación Xhosa que estuviesen domiciliados habitualmente fuera de Transkei. Es lo que ocurre en todos los países: que un ciudadano no pierde su nacionalidad por hallarse en el extranjero.

* * *

Durante las ceremonias desarrolladas en Umtata, la capital de Transkei, para solemnizar la independencia, el doctor N. Diederichs, presidente del Estado de Sudáfrica, resaltaba su esperanza de que continuasen en el porvenir las armoniosas relaciones entre los dos países. «La mutua comprensión y los vínculos de amistad que siempre

han existido entre Transkei y Sudáfrica —dijo el doctor Diederichs— deben continuar en el futuro.»

Una prueba de los buenos deseos que han guiado desde siempre al Gobierno de Pretoria para conseguir la prosperidad y el desarrollllo transkeiano lo constituye el hecho de que en los pasados trece años Sudáfrica ha venido otorgando al Transkei una ayuda que sobrepasa los 500 millones de rands¹, y le ha proporcionado el apoyo de centenares de técnicos —agrónomos, geólogos, etc.— sudafricanos que han promovido la capacitación técnica de los cuadros xhosa. En consecuencia, al acceder ahora a la independencia, Transkei posee una Administración constituida casi totalmente por funcionarios de su propia nación. Sólo quedan menos de cincuenta blancos en puestos de alta especialización, que serán retirados a medida que surjan otros diplomados xhosa de idéntica calificación. Cualquier otro Estado africano independiente posee en sus cuadros administrativos el décuplo, como mínimo, de personal blanco —enviado por la ONU o sus antiguas metrópolis—, debido a que en ellos no se ha desarrollado un esfuerzo de capacitación tan intenso como el que aplicó en Transkei el Gobierno de Pretoria.

El primer ministro, Kaiser Matanzima, declaraba, en su discurso en tan solemne acto, que Transkei cumplía todas las condiciones para ser un Estado independiente por tres razones fundamentales: poseer fronteras claramente delimitadas, disponer de una población permanente y, finalmente, tener un gobierno estable que posee el control efectivo. Fundado en tales argumentos, apelaba a que la honestidad de juicio de los otros países les impulsase a reconocer diplomáticamente a Transkei.

No obstante, esos amistosos deseos del primer ministro no van a ser correspondidos en plazo inmediato, porque las fobias que se han incubado en Africa han presionado a los restantes Estados a negarse a reconocer la independencia de Transkei. Así lo han declarado en las Naciones Unidas y en la OUA. Esos organismos —que jamás han formulado la menor queja ante las sádicas matanzas llevadas a cabo por algunos jefes africanos, como el presidente ugandés, Idi Amin, o que no se han conmovido ante el genocidio de millones de niños y mujeres ibos o hutus, por ejemplo— sienten ahora repentinos escrúpulos de reconocer al Transkei, cuyas autoridades —tres elecciones generales por sufragio universal lo demuestran suficientemente— gozan

¹ Un dólar USA = 0,7 rands.

JULIO COLA ALBERICH

de la plena confianza de la nación Xhosa y se rigen por el Derecho y la Ley y no por el capricho, frecuentemente homicida, de unos dirigentes que se han instalado en el poder por la fuerza de las bayonetas.

Confíemos en que algún día se impondrá la razón y la justicia y Transkei, ese bello y floreciente Estado², ocupará el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones.

JULIO COLA ALBERICH

² He aquí algunos datos significativos: superficie, 43.188 kilómetros cuadrados (aproximadamente igual a Dinamarca); población, 2.948.240 habitantes (censo de 1970); el 25 por 100 del presupuesto se destina a enseñanza. Existen 1.129 escuelas primarias, 732 secundarias, siete de Magisterio, y 80 escuelas para adultos, así como una filial en Umtata de la Universidad de Fort Hare. El censo estudiantil es aproximadamente de medio millón, y el del profesorado, de 10.000. Kaiser Matanzima subrayaba que la extensión territorial de Transkei sobrepasa a la de 22 Estados miembros de la ONU, que el índice de alfabetización de la población transkeiana supera al de 31 Estados de las Naciones Unidas y que la renta per cápita rebasa a la de 27 Estados miembros de la organización internacional.